

El cielo chorreante de leche pastosa, amenazaba lluvia. Por las calles, a muchos les estallaba el pecho y caían ahogados sobre el asfalto agrietado.

Otros apenas podían respirar el aire enrarecido.

—¡Queremos oxígeno!; gritaban.

Pero, entonces, salían las porteras de las casas y levantaban aún más polvo con sus escobas viejas; todos tosían.

Los coches estaban parados en medio de la soleada plaza, vacía, quieta. Todo denotaba soledad y silencio, cuando de pronto sonó un galope.

Los conductores de los vehículos, medio adormilados, abrieron los ojos. También algunos hombres semi-borrachos, que estaban apoyados sobre un banco de madera, se dieron cuenta.

—¡Un mensaje! ¡Un mensaje!, gritaron.

—Sí, un mensajero, repitió un árbol medio reseco.

Efectivamente, alguien montado sobre un magnífico caballo entró en la ciudad.

De algunas ventanas entreabiertas, fueron lanzados varios cascos de oro contra la cabeza del animal, que los esquivaba en su veloz galope.

—¿Dónde está la juventud?, preguntó a un urbano que estaba sentado sobre el bordillo de la acera. Entonces, el urbano disparó uno de sus blancos dedos, apuntando un parterre de la plaza donde se veía una gran multitud tumbada sobre la hierba y hacia allí se fué el mensajero. Tan alto, que varias veces chocó con los cables del tranvía.

—¿Sois la juventud?, preguntó.

—Así nos llaman.

—Pues bien, vengo de parte de las estrellas a pedirnos un mensaje.

Al oír estas palabras algunos se enderezaron debilmente sobre la hierba.

—¡Las estrellas nos piden un mensaje!, gritaron.

Pronto se armó gran algazara, por lo que el urbano, temiendo rompieran las alambradas que cerraban el parterre, empezó a lanzar bebidas refrescantes y banderitas de papel para calmar los ánimos.

El mensajero, montado sobre su caballo, esperó largo rato. Por fin alguien le dijo:

—Id al Hospital y preguntad por el poeta, el os dará el mensaje.

El hospital era un gran edificio de cristal y aluminio.

—¿Dónde está el poeta?, preguntó el mensajero a una enfermera vestida de color rosa.

—En la sala de los fosilizados, contestó ella.

Cuando llegó a la sala ya era tarde. Allí, en la cama 29 estaba él; su carne se había convertido en piedra lentamente. Primero el corazón y la mente; luego todo su cuerpo. A pesar de los muchos médicos que lo circundaban nada pudo hacerse.

Al penetrar en la sala, el coro de médicos fijó en él su mirada.

¿Sois acaso familiar suyo?, le preguntaron.

—¡No!, vengo de parte de las estrellas en busca de un mensaje.

—¡Marcharos!, exclamó un doctor temeroso, aquí no hay nadie para dar mensajes.

Partió pues el mensajero, y en aquel momento sobre el corazón, en la roca viva del fosilizado, se abrió una grieta.

Entonces los médicos al verle exclamaron.

—¡Tapémosla!

Cogieron cemento y la taparon mientras uno de ellos decía:

—Si hubiera muerto, lo habríamos entregado a la funeraria. Pero así, convertido en piedra, ¿Qué haremos de él? Se dirá que no supimos curarle, que la culpa es sólo nuestra. Lo mejor será echarlo al fondo del mar. Y así fué como por la noche, sin ser vistos por nadie, cogieron el fósil humano y, llegándose a la costa, lo lanzaron al fondo del mar.

Quedaron pues tranquilos, cuando, en medio del silencio, sonó el gran chasquido sobre el agua. Al marchar vieron un jinete al galope, mientras del fondo del mar, solía una voz que gritaba:

—Decid a las estrellas que ellos los incompetentes, los intransigentes, me echaron al fondo del mar para que no les señalara con el dedo, pero, al hacerlo, han construido un monumento de piedra en el corazón del océano para que los peces, al pasar, pueden decir:

—Saludemos al gran poeta.

Al poco, el jinete gritó a los hombres de la plaza:

¡El poeta ha muerto!

Entristecidos, contestaron:

—Pues si ha muerto, llevad sus poesías como mensaje a las estrellas.

—¿Nadie más tiene un mensaje que comunicarme?

—Sí, junto a sus cuadros buscad al pintor, le encontraréis tras la valla del arrabal.

Veloz, partió el jinete. Próximo ya al lugar indicado vió asomados tras la valla algunos enanos armados. Hicieron fuego sobre el pintor, que cayó muerto. Al instante, se derrumbó la valla, y volaron los cuadros hacia el cielo. Eran su mensaje.

—¡El pintor ha muerto! dijo el jinete a los hombres de la plaza.

Entonces todos, con las lágrimas en los ojos le insinuaron:

—Quizás el filósofo os de también su mensaje.

Sé fué pues en busca del filósofo. En su celda, yacía muerto a pedradas.

Rumbo al cielo, cruzó el mensajero la plaza. La juventud hallí congregada le llamaron y le entregaron una botella de refresco, diciendo:

—Tomad, para que bebáis por el camino.

El mensajero probó el líquido; era extraordinariamente amargo.

Llegando al cielo, le preguntaron las estrellas:

—¿Cuál es el mensaje que nos traes de la juventud?

—Mirad con vuestros ojos estos cuadros que vuelan hacia acá, oís con vuestros oídos la música, la poesía que sale del fondo del mar, recoged el silencio de los filósofos. Este es el mensaje de la juventud.

—¿Y sus autores?—

—Murieron unos, se fosilizaron otros y los más yacen sobre la hierba bebiendo de un refresco amargo.

Entonces tomando la palabra, la estrella polar dijo al mensajero:

—Bojad a la tierra y decid a los que duermen sobre el parterre que se levanten. Echad a los fáciles, a los cómodos, a los apoltronados de las ciudades, para que no las corrompan. Coged el oro de la tierra y lanzadlo al fondo del mar. Qué surja la estatua del poeta, y ponedla en el centro de la plaza. ¡Qué la juventud despierte, remueva la tierra, reduzca a fuego toda inmundicia!

Santiago Marsal